

CUENTOS

Carmen González



# FLOR DE CAÑA

58



Carmen González  
**FLOR DE CAÑA**



EDITORIAL LETRAS CUBANAS  
LA HABANA, CUBA, 1985

En *Flor de Caña* se narra cómo el arribo de un criminal nazi a Cuba y la estancia en nuestro país de una millonaria sudafricana —motivos de dos historias de este título—, ponen en estado de alerta a los investigadores de la Seguridad Cubana para neutralizar a esos elementos al servicio de la CIA. En el resto de los cuentos —que se caracterizan por la sobriedad y la economía de recursos técnicos— se evoca también la actividad de los agentes cubanos en el exterior, encarnados por una periodista y un oficial de la contrainteligencia.

---

COLECCIÓN RADAR 58



---

Carmen González Hernández

# FLOR DE CAÑA



ePub r1.0  
ePub2.0

Premio Cuento del Concurso Aniversario de la Revolución 1984.

JURADO

Armando Cristóbal Pérez  
Eduardo López Morales  
Mayor Francisco Pérez

Edición / Olga Campoalegre  
Cubierta / Manolo T. González  
Foto de Contracubierta / Moré  
Corrección / Elvira Hernández

© Carmen González, 1985  
© Sobre la presente edición:  
Editorial Letras Cubanas, 1985

Este libro ha sido procesado en el combinado poligráfico «Alfredo López», del Ministerio de Cultura, terminado en el mes de octubre de 1985. «AÑO DEL TERCER CONGRESO». Ciudad de la Habana.  
011-04

EDITORIAL LETRAS CUBANAS  
Palacio del Segundo Cabo  
O'Reilly 4, esquina a Tacón  
La Habana, Cuba.

Editor digital: WeaR&WaZ  
ePub base r2.1





—ewya\_#035(20)—

EWYA es un proyecto sin ánimo de lucro, orientado a la difusión digital de obras literarias de autores cubanos...

WeaR&WaZ<sup>®</sup>  
©RíverDry 01.04.2022

**A Dania y Dino, mis hijos**

# Viejas cuentas

A José Valls y su esposa Vlasta

## I

El letrero de «Fasten your belt no smoking» se apagó, y con su mano derecha, Lorenzo liberó el cinturón de seguridad.

«Señores pasajeros, el capitán y la tripulación les dan la bienvenida a bordo de la nave. Para su información, despegamos del aeropuerto de Tempelhof a las 10:30 h antes meridiano y volaremos a treinta y tres mil pies de altura. El viaje hasta Barajas durará tres horas aproximadamente.» La aeromoza terminó su breve discurso en inglés y lo repitió en alemán y francés. Aunque el punto de destino era Madrid, Lorenzo sabía que ella no lo diría en español. ¿Qué podía importar que varios cientos de millones de personas hablaran ese idioma? Para los empresarios de la Pan American, el español es una lengua de seres inferiores que viven, en su mayoría, en aldeas, favelas o alcantarillas. Sólo una minoría de hispanoparlantes se da el lujo de viajar en esa línea aérea, y esos saben inglés, francés o alemán, idiomas de hombres de negocios o de intelectuales, que no le dan la menor importancia a la lengua de Cervantes. Además, *El Quijote*, para muchos, se ha convertido en un libro subversivo, porque, según se ha podido comprobar, las locuras del hidalgo caballero de la Mancha son un producto peligroso y altamente contagioso.

Las aeromozas habían entrado en acción. Para los vuelos a Europa, la compañía consideraba productivo incluir, junto a la rubia y esbelta yanqui, a una mulata, generalmente nativa de un país del Caribe de habla inglesa, y una asiática «made in USA», con mirada seductora y misteriosa, como la de



aquella que ahora se acercaba a Lorenzo portando una bandejita azul sellada con celofán, que dejaba ver un bien balanceado refrigerio.

Mantuvo su asiento en posición vertical para no molestar al viajero que se sentaba detrás de él, pero pegó la nuca a la almohadilla y cerró los ojos. Dentro de algo más de tres horas estaría en el aeropuerto de Madrid, y no podría contener una sonrisa al ver el curioso sombrero del hombre de la aduana, quien le diría, con ese acento peculiar de los madrileños: «Por favor, el equipaje de mano por la estera», y lo miraría con la reserva profesional de todos los aduaneros del mundo. Luego pasaría al amplio salón de espera con su moderna tienda de autoservicio y los kioscos llenos de porcelanas, imágenes religiosas, cactus, muñecas casi mágicas y souvenirs de todo tipo. Frente a uno de esos establecimientos, se encontraría con Mabel, y no haría falta contraseña, porque seis meses antes se habían conocido en el aeropuerto de Irlanda del Norte, donde la muchacha le entregó un material con destino a Bonn. Esta vez sería ella quien recibiría el microfilme solicitado desde La Habana. Lorenzo conocía su contenido. Él mismo había fotocopiado el documento suministrado por el relojero José Ibáñez, en Berlín Occidental. Sin darse cuenta, acarició su Seiko, de esfera rosada y cristal con facetas. Lo compró en 1975, en Tokio, durante una breve escala en Japón, y había resultado de una exactitud asombrosa. Solamente se separó de él aquellas veinticuatro horas que lo dejó en el taller de Ibáñez, para una supuesta reparación.

Don José, como lo llamaban los españoles residentes en el sector occidental de Berlín, tenía una vasta clientela, que ganó gracias a una habilidad poco usual para la reparación de relojes. Pequeño, delgado y calvo, Ibáñez había cumplido ya sesenta años, y ninguno de sus clientes o vecinos sabía que cuarenta y tres atrás, con menos de dos décadas de vida, empuñó el fusil para defender la República Española. Como soldado del Ejército Republicano, peleó hasta el final de la Guerra Civil, y junto a miles de sus compatriotas y brigadistas internacionales salió por los Pirineos hacia los campos de refugiados de Francia. ¡Mucho habían andado aquellos pies que, ahora, de la mañana a la noche, calzaban unas zapatillas de fieltro y se refugiaban bajo la mesa del taller! Desde Moscú hasta los bosques ucranianos y, luego, por las barracas y patios del campo de exterminio de Buchenwald,

hasta la liberación en 1945, cuando fue llevado a Berlín, ese mismo Berlín, tan diferente sin embargo, donde vivía desde hacía veinte años.

La aeromoza de ojos rasgados dejó ver sus bellos dientes en una sonrisa cautivadora, al retirar la bandeja intacta. «¿Se siente mal el señor? No ha comido nada.» «No, *thank you*. No tengo apetito.»

Bueno, si le ofrecieran un buen guiso uruguayo o alguno de aquellos platos cubanos que Marieta preparaba en sus días de mayor nostalgia, comería con voracidad. Pero el menú de los aviones lo aburría. Siempre igual, en bandejitas primorosas o en envases de aluminio humeantes. Universalmente insípido. En Madrid, si le daba tiempo, ingeriría algo menos sintético. Ahora prefería una copa de coñac.

Esta vez fue la mulata la que le obsequió su más brillante sonrisa. Se veía bella con su uniforme beige y aquel sombrerito que dejaba asomar algunos mechones de su pelo negrísimo y abundante. En su adolescencia, Lorenzo tuvo una novia así, con ese mismo color canela claro en los ojos y la piel. Le decían la Mora, porque la larga cabellera sin rizos descubría a algún ascendiente árabe oculto en su mestizaje secular. Llevaron tres años de noviazgo, mientras estudiaban en el Instituto de La Habana. Un día rompieron, ya no recordaba el motivo, y poco después ocurrió lo del viaje.

Su padre, un comunista alemán salido de su país en 1935 y radicado en La Habana desde entonces, tuvo que abandonar a Cuba en 1953, a causa del constante asedio de la tiranía. Con la esposa cubana y el hijo que le había nacido en la Isla, estuvo dando tumbos por varios países, sin encontrar una estabilidad económica, hasta llegar a Uruguay. La mujer, enferma, falleció a las pocas semanas de arribar a Montevideo, y el padre de Lorenzo decidió radicarse allí, porque, como decía, «esta tierra ya tiene algo nuestro».

En la capital uruguaya, con la ayuda de un compatriota también exiliado, el viejo comunista alemán puso un negocio de piezas de automóviles que prosperó rápidamente, y el hijo, Lorenzo Spitzwer, se hizo médico, especialista en enfermedades cardiovasculares.

Un día los periódicos llevaron a Uruguay la noticia de que en Cuba había triunfado el Ejército Rebelde. Un constante desasosiego hizo que Lorenzo perdiera su equilibrio, ganado a fuerza de autodisciplina y rigor. El padre le

confesó que no se sentía en condiciones de regresar a la Isla, «pero tú sí eres joven —le dijo—, vete allá y vuelve, al menos para contarme».

En 1960 viajó a La Habana. Algunos amigos se habían marchado. Otros, llenos ahora de una extraña fuerza, se quedaron. Ya no eran los mismos, aunque aquellos siete años apenas alteraron sus fisonomías. Se pasaban las noches sin dormir, hablaban más rápido, usaban un lenguaje diferente y sus miradas se habían modificado, como si de pronto alguien les hubiera alargado el horizonte.

En julio, para el 26, fue a Oriente. Sólo pudo llegar al central azucarero, próximo al Caney de las Mercedes, donde sería la concentración. El ómnibus en que viajaba tuvo una avería grave y allí quedó, en medio del batey, por el que pasaban, incesantemente, hombres, mujeres, niños, ancianos y soldados que aún conservaban las barbas y las melenas crecidas en las montañas. A la puerta de una casita de mampostería, con techo de tejas y un típico jardín campesino frente al portal, un grupo de personas tomaba el agua que una robusta mujer vertía en diversas vasijas. El cristal de la jarra dejaba ver un gran pedazo de hielo, y Lorenzo se acercó para calmar su sed y aliviar aquel calor que le volvía pegajosa la piel. Y fue entonces cuando vio a la Mora. Vestía el uniforme de las milicias y llevaba la larga cabellera sujeta en un moño tras la nuca. Grandes gotas de sudor se deslizaban por el rostro de la muchacha, quien, al reconocerlo, abrió mucho los ojos y se tapó la boca con las manos.

Conversaron largamente. Estuvieron juntos casi dos días, durmiendo apenas unas horas en un portal. La Mora se había casado a principios de 1959 y tenía una niña de cuatro meses. Trabajaba como mecanógrafa en un ministerio y le iba bien. Lorenzo se alegraba de que la muchacha se sintiera feliz, fuera miliciana y estuviera allí, cansada y sonriente, hablando deprisa, y de forma tan distinta a los uruguayos, que ahora eran sus compatriotas, porque para hacer los estudios universitarios en Montevideo adoptó la nacionalidad del país sureño.

La despedida fue triste. Se intercambiaron direcciones y números de teléfonos, pero los dos sabían que ya nunca se buscarían. Por eso se estrecharon las manos con fuerza, y en los ojos de la Mora hubo un asomo de lágrimas.

Una semana después, el doctor Lorenzo Spitzwer comenzó a prestar servicio en el hospital Calixto García. Muchos médicos habían abandonado el país, y el trabajo era intenso. De día visitaba la sala de cardiología y ayudaba a los alumnos de los grados superiores: debatía los casos, aprendía y transmitía sus conocimientos. Generalmente, dedicaba un par de horas durante la noche al cuerpo de guardia, y dos o tres veces por semana hacía el turno de madrugada. Estaban también la milicia, el CDR y las asambleas del centro. ¿Cuánto hacía que no iba al cine?

La pregunta se la hizo Marieta, una alumna de quinto año, quien muchas veces lo acompañaba en la atención a los casos del cuerpo de guardia. Y esa noche fueron al cine Foxa a ver la película soviética «Cuando vuelan las cigüeñas». El día siguiente, su primer domingo libre en muchas semanas, lo pasó con Marieta en la playa, y sin darse cuenta, aquella jovencita de increíble madurez fue haciéndosele indispensable.

Se casaron en enero de 1961, en una notaría de La Habana Vieja, y estuvieron una semana en Viñales. De regreso a la capital, Lorenzo encontró un cable en el que le informaban la repentina enfermedad del padre.

La aeromoza que se parecía a la Mora, le sonrió al preguntarle si deseaba tomar algo más. «No, gracias. ¿Dónde aprendió el español?» La mulata retiró el vaso de coñac vacío y, antes de marcharse, dijo: «En mi país. Soy puertorriqueña.»

Lorenzo nunca olvidaría aquella conversación con el compañero de la Seguridad, en una casa del reparto Miramar. «Necesitamos que te quedes en Uruguay. La Revolución te necesita allá. Con tu mujer no hay problemas. Trabaja con nosotros desde hace más de un año y está dispuesta a irse, porque sabe que allí hace falta su labor.» Y se fue a Uruguay con Marieta, a contarle al viejo lo que ocurría en Cuba y a acompañarlo en su agonía, que duró tres semanas.

Después, el consultorio nuevo, lujoso, acogedor, hecho a la medida de una clientela acaudalada, que podía pagar los altos honorarios del doctor Spitzwer o de la doctora Marieta Camiñas, la siquiatra tan atenta, comprensiva y cariñosa con sus pacientes, abrumados por las tensiones del convulso Uruguay. Habían transcurrido diecisiete años. Doris, su hija, tenía ya dieciséis, y el varón, Boris (sí, es un nombre ruso, pero suena lindo y pega

con el de la hermana, explicaba Marieta), cumpliría dentro de un mes los quince.

Lorenzo recibió la invitación para la reunión de Cardiología en Berlín Occidental y en un principio pensó rechazarla. Pero el mensaje enviado desde La Habana hizo que cambiara sus planes. Tenía instrucciones de no pasar del otro lado del muro, donde sabía, por su padre, que se hallaba la casa de los Spitzwer, cerca de la estación del metro de Pankow. Pero también en esa zona estaba la Embajada cubana y era imprescindible cumplir las órdenes del mando. De todos modos, podría practicar el alemán y desde el hotel donde tenía reservada una habitación, contemplaría la parte libre de la vieja ciudad dividida.

Se encendieron las luces que ordenaban ajustarse los cinturones y prohibían fumar. La aeromoza informó la inminente llegada al aeropuerto de Madrid y deseó a los viajeros una grata estancia en la capital española.

Miró el reloj: era la una y treinta de la tarde, hora de Berlín. El avión soltó el tren de aterrizaje y comenzó su maniobra sobre la pista.

## II

¡Ya estás aquí, Hilarión! Es la segunda vez que nos encontramos, que realizamos un trabajo juntos, y sólo sé de ti tu seudónimo, como tú, seguramente, conoces el mío: Mabel. Ignoras que soy cubana, habanera, pero que tengo una leyenda bien elaborada, según la cual me llamo Irma Williamson, nací en San Juan, Puerto Rico, de padre norteamericano y madre boricua; que poseo un pasaporte estadounidense y que llevo en Madrid algunos años como periodista acreditada por una de las más conocidas agencias occidentales de noticias. No sabes que para todos estos empleados del aeropuerto soy muy conocida, porque cada día, entre mis obligaciones de trabajo, está dar un par de viajes a Barajas, en busca del arribo de algún personaje de tránsito por Madrid, o de alguien célebre que llegue de visita a España.

Aunque pasaste a dos metros de mí sin mirarme, sé que me has visto. Que a partir de este instante seguirás cada movimiento mío, para asegurarte de que

nadie nos vigila. Fingirás leer o contemplar a la gente que pasa, mientras esperas a que yo llegue al kiosco de Doña Lola, donde se venden souvenirs y cactus. Y cuando yo tome en mis manos ese «matanzano» que me ha prometido la vendedora y abra mi bolso para pagar el importe de la planta, irás hacia mí, a fin de recoger el monedero abierto que se me «escapará» de las manos. Como buen caballero, lo tomarás y echarás en él, el microfilme. Nos miraremos un instante y sonriremos, de esa manera convencional y automática de la gente que se encuentra ocasionalmente. Te daré las gracias, y tú seguirás de largo, mientras yo me llevo la maceta con la hermosa planta oriunda de Matanzas, allá en mi Cuba, y que, según los catálogos especializados, es redonda como una naranja mediana, de un verde intenso, y está cruzada por hileras de espinas que salen de su base y mueren en una especie de corona formada por pelillos rojos, donde, al igual que un nido, brotan sus semillas carnosas y de un violeta claro.

Escucharé el llamado a los pasajeros que van para Nueva York, y aunque me gustaría verte, despedirte como a un entrañable amigo, me quedaré dando vueltas por la tienda de autoservicio, donde seguramente compraré un frasco de perfume o cualquier otra cosa.

Poco después llegará el vuelo de Cubana de Aviación para una escala técnica antes de cruzar el Atlántico rumbo a Canadá, Entre sus pasajeros estará una mujer de mediana estatura y algo gordita, vestida con una combinación de chaqueta y pantalón gris topo, y con un bebito en brazos. Si su maletín de viaje es rojo, la seguiré hasta el servicio de señoras para recoger el chupete del pequeño, que ella dejará caer intencionalmente. De no haber testigos lo tomaré e introduciré el microfilme en la cápsula de goma del chupete. Pero si hay alguien presente, me brindaré para lavarlo y hacer la operación lo más rápido posible. Esta mañana estuve ensayando y puedo realizarla en cinco segundos como máximo.

De regreso al salón, esperaré la salida del avión de Cubana. Tendré que subir al mirador para cerciorarme de que la compañera del bebé entra en la nave, y luego me iré al restaurante del aeropuerto, porque debo estar segura de que el avión no tiene que regresar, como ocurre a veces con los de cualquier línea aérea, por un problema técnico u otra contingencia. Por ser parte de mi rutina desde hace años, a nadie le parecerá extraño.

De regreso a la redacción, me lamentaré de estos «viajes tontos» al aeropuerto, y mi jefe, para consolarme, hablará de las veces que mi presencia en Barajas ha servido para tener la «exclusiva» sobre un visitante célebre, cuya llegada a Madrid no se había anunciado oficialmente.

Mientras, tú, Hilarión, estarás sobre el océano, satisfecho de haber cumplido tu misión, y nuestra amiga, la compañera cuyo nombre no conozco y a quien tú quizás nunca llegues a ver, volará hacia esa Isla, donde en el archivo de una oficina están bien guardadas nuestras leyendas y nuestras vidas.

Ni tú, ni yo, ni ella sabremos cuántos compañeros han participado en este trabajo, ni qué objetivos específicos persigue. Pero los tres, en ese rincón de los sueños donde guardamos nuestra verdad, estaremos convencidos de que lleva implícito velar por la sonrisa de ese niño que, sin saberlo, se habrá convertido en nuestro aliado.

### III

Y no hubo problemas, general. Se hizo un buen chequeo en los contactos de Berlín Occidental y Madrid. Incluso, cuando Mabel y Ela se encontraron en los servicios para damas de Barajas, estuvieron solas. Ela fue la que pasó un mal rato, porque se olvidó de comprar un chupete de repuesto para Abelito.

Todo el viaje hasta Gander estuvo preocupada, pero el niño ni chistó. ¡Se graduó de agente!

Los dos hombres rieron. El general, con aquella risa que parecía reprimida porque mantenía juntos los labios, y el capitán León ruidosamente, con sus carcajadas contagiosas, que en más de una ocasión lo habían puesto en apuros.

Habían pasado ya del saludo oficial al coloquio entre compañeros. Estaban en el despacho del general, quien se hallaba sentado en su butaca, tras el escritorio, y el capitán en una silla, del otro lado.

—Como verá —prosiguió el capitán León—, el informe es muy breve, pero corrobora su hipótesis.

Encima del escritorio estaba la fotocopia del documento y, junto a ella, su transcripción mecanografiada en original y dos copias, bajo el cuño de «Estrictamente confidencial». El general movió la cabeza en gesto afirmativo.

—Sí, sin dudas Vidal conserva joven su memoria.

Había tomado entre sus dedos el documento, y el capitán comprendió que era hora de marcharse. Se puso de pie y esperó a que le dieran la orden. Como siempre, el general lo miró un instante y luego se despidió.

Al quedar solo, encendió la lámpara incandescente, que proyectaba mayor claridad sobre los documentos, y extrajo dos fotografías de la gaveta central del escritorio. En una de ellas estaba el propio general junto a dos hombres entrados en años. Los tres vestían ropas de civil y tenían en sus manos sendas copas. El fotógrafo había captado el momento de un brindis.

En la otra, evidentemente muy vieja por su marcado color amarillo, cinco jóvenes vestidos con uniformes militares y portando fusiles, sonreían a la cámara. El general miró uno a uno los rostros de aquellos muchachos, casi adolescentes, y sonrió a su vez. El de la izquierda era él, con cuarenta libras menos, cuarenta y tres años atrás. Cualquiera que se fijara bien, podría reconocer en el joven delgado, de boina inclinada sobre la frente, los ojos del general y los labios muy juntos al reír, que daban a su rostro una expresión de singular alegría y que, aún ahora, reconocían sus amigos. Lo seguía un mozo algo pasado de libras, con la cabeza descubierta y los cabellos oscuros, que le caían sobre la frente. Ése era Paco Ordóñez. **Murió a los veinte años**, en la defensa de Madrid. El de las gafas era Antoñico. Jamás supo su apellido. Lo llamaban por su nombre o por el apodo de doctorcito. Había sido estudiante de Medicina y cumplió diecinueve años en plena batalla de Teruel. Nunca más tuvo noticias suyas. El otro era Nañá, tornero repujador, que viajó a España desde La Habana, para defender la República en las brigadas internacionales. Ahora estaba retirado, pero hasta su enfermedad, que lo limitó para el oficio, realizó trabajo sindical. A veces, cuando tenía tiempo libre o pasaba cerca de San Francisco de Paula, el general le hacía la visita a Nañá, y hablaban de los viejos tiempos y del presente, porque la jubilación no lo había invalidado del todo, y en la actualidad dirigía un comité de zona de



los CDR. Era Nañá quien había guardado el retrato y se lo había regalado al general.

El último, a la derecha, era Ibáñez. Como él, tenía diecisiete años en el momento de la foto, que fue tomada el día del cumpleaños de ambos. Habían nacido el 4 de noviembre de 1919. Ibáñez en Málaga, España, y el general en Cienfuegos. Sus padres eran mallorquines y, después de emigrar a Cuba y vivir unos años en la Isla, decidieron volver a su tierra natal, con el hijo que les había nacido en Cuba. Andando el tiempo, el malagueño y el cubano, como les decían sus propios familiares en Palma de Mallorca, se encontraron en Madrid, y entre uno y otro combate se hicieron aquella foto.

Los caminos de aquellos combatientes convergieron varias veces. Juntos, al terminar la guerra, abandonaron España a través de los Pirineos, y fueron confinados en el mismo campo de prisioneros.

Al obtener la libertad, Ibáñez marchó a la Unión Soviética, y el cubano permaneció en París, donde lo sorprendió la ocupación nazi.

El general recordaba los duros días en que, desde las filas de la resistencia francesa, tuvo que andar de un escondite a otro, hasta que en una de las calles del Barrio Latino de París, fue sorprendido y apresado. Ya para entonces dominaba a la perfección el francés y tenía una documentación que lo acreditaba como ciudadano de Francia.

En el otoño de 1943, bajo la identidad de Pierre Leroi, llegaba al campo de concentración de Buchenwald, en Alemania, a pocos kilómetros de la ciudad de Weimar, y allí se encontraba nuevamente con Ibáñez. El español había sido capturado en Ucrania, mientras cumplía una misión de enlace entre las guerrillas que operaban en la retaguardia alemana y el comité clandestino del Partido Comunista en Kiev.

Hábil relojero desde la adolescencia, Ibáñez era requerido por los oficiales nazis para que reparara sus relojes, trofeos de guerra arrebatados a las víctimas en toda Europa. Para evitar que las manos se le dañaran, lo libraron del trabajo duro del campo y fue destinado a la enfermería.

Allí fue testigo de los crímenes nazis. A los más débiles, con el pretexto de hacerles un reconocimiento médico, se les llevaba a la enfermería. La primera operación —realmente la única, porque ningún prisionero enfermo fue atendido por los médicos de Buchenwald— era medirlos. Para ello se les

colocaba de espaldas a la pared. A través de un orificio a la altura de la nuca, recibían un disparo mortal. Luego, con sólo mover una palanca, el cuerpo aún caliente caía hacia atrás dentro de un vagón, donde se iniciaba el minucioso trabajo de los carniceros del campo. Se separaba la piel para curtirla y confeccionar billeteras, pantallas de lámparas y otros objetos, que iban a parar a manos de los jefes nazis. Singular preferencia tenían las pieles con tatuajes. La grasa de los cadáveres servía para producir jabón, y las trenzas de las muchachas se utilizaban para tejer esterillas. Casi todo era aprovechable. Los desechos se llevaban al crematorio, de cuyas chimeneas salía el humo negro y espeso noche y día.

Ibáñez conocía a todos los médicos de Buchenwald. Uno de ellos llegó a monopolizar las habilidades del malagueño como relojero, y fungía de intermediario entre él y los soldados del campo. «¡Ese hijo de perra! Si no fuera por las raciones extras que me entrega...», le decía al cubano. Aquellas raciones las hacía llegar a los prisioneros más débiles a través del comité comunista clandestino que operaba entre los reclusos de Buchenwald.

Por su movilidad, Ibáñez servía de enlace entre los comunistas y los grupos antifascistas del campo. Sólo unos pocos conocían su actividad y para la mayoría de los reclusos era un traidor. En más de una ocasión hubo que impedir que se llevara a vías de hecho un atentado contra él.

Durante muchos meses, siempre activos, el cubano, bajo su falsa identidad de francés, y el español, en su incesante labor de enlace, sufrieron en carne propia el cautiverio fascista. Al terminar la guerra, Pierre Leroi volvía a Francia, y en 1947 retornaba a Cuba. En una breve estancia en Palma de Mallorca, visitaba la tumba de los padres.

Nuevamente en la tierra que lo vio nacer, se acogía a la ciudadanía cubana, iniciaba su vida laboral en una tabaquería y reanudaba su militancia comunista en las filas del Partido Socialista Popular.

Al producirse el golpe de estado el 10 de marzo de 1952, se entregó de lleno a la lucha contra la tiranía. Trabajó en la clandestinidad en La Habana y luego pasó a la Sierra Maestra, de donde bajó con los grados de capitán del Ejército Rebelde, en enero de 1959.

Durante todos aquellos años nada supo de su amigo el malagueño y fue en 1960, en una visita a la RDA, como integrante de una delegación cubana,

cuando se encontró con él en una calle de Berlín. Ibáñez vivía en el sector ocupado por las tropas norteamericanas. Había vuelto a España, pero no encontró condiciones para reanudar la lucha en su patria y regresó a la capital alemana. Instaló un taller de relojería y pocas veces pasaba a la parte oriental de la ciudad. Únicamente como aquel día, para visitar a un amigo enfermo, un alemán que había combatido en las brigadas Ernst Thälmann en España. Conversaron toda la noche en uno de los bancos de la estación de trenes Ostbahnhof. Acordaron mantener correspondencia en el futuro a través de un tercer país. Un amigo de Ibáñez, radicado en Bélgica, serviría de intermediario. Las cartas del español serían firmadas con el seudónimo de Vidal, que utilizó en las guerrillas soviéticas y conservó en Buchenwald.

Así, en tres ocasiones, al visitar el cubano la RDA, habían podido darse cita y conversar en el cuarto de un hotel o en un discreto parque de Berlín.

Aunque nunca confesó el motivo de su permanencia en Berlín Occidental, el malagueño dejó entrever en sus conversaciones que seguía sirviendo a la misma causa a la cual se había entregado desde la adolescencia.

Ahora, al cabo de los años, el cubano requería una verificación del viejo amigo y le llegaba en aquel documento fotocopiado por Hilarión.

El general leyó nuevamente el breve informe:

Berlín Occidental, 21 de octubre de 1978

Estimado amigo:

Me satisface mucho comunicarte que estás en lo cierto. El hombre que aparece en la foto, a tu derecha, es el doctor Klauss Schlosser, médico del campo de exterminio de Buchenwald durante los últimos años de la Segunda Guerra Mundial. Es culpable de múltiples crímenes de guerra. Su nombre aparece en la lista de prófugos y está reclamado por las autoridades de varios países. Yo, personalmente, fui testigo de cinco asesinatos ejecutados directamente por Schlosser.

Antes de llegar a Buchenwald, estuvo en el campo de concentración de Dachau, donde realizó experimentos con prisioneros, a quienes inculcaba diversas enfermedades. Todos los cargos contra él están registrados en su expediente como criminal de guerra.

Me place saber que tu gobierno tendrá la oportunidad de entregarlo a quienes lo harán pagar sus culpas.

Un fuerte abrazo de tu camarada,

VIDAL

El general volvió a mirar la foto donde aparecía junto a otros dos hombres, haciendo un brindis. Fue en ocasión de dar la bienvenida al nuevo representante en Cuba de una firma comercial germano-occidental, aquel que estaba a su derecha y que había sido identificado por Ibáñez como Klaus Schlosser, aunque entró al territorio cubano con documentos a nombre de Erich Steiner.

La casualidad había querido que el día de la llegada al país del nuevo representante, el general estuviera en el aeropuerto, en espera de una delegación militar invitada por el Gobierno cubano. Lo reconoció al instante, pero como necesitaba corroborar su descubrimiento, remitió la foto a Ibáñez, quien durante dos años había tratado a Schlosser día a día. Asistió a la recepción en la residencia del falso Steiner en Miramar, y se hizo retratar junto al nazi y a otro de los invitados. Ahora ya no había dudas.

Tomó una hoja en blanco y escribió una nota dirigida al capitán León. Luego, introdujo en su portafolios el original de la transcripción mecanografiada del microfilme y la foto en que aparecía Klaus Schlosser.

Abandonó el despacho y se detuvo un instante junto a su secretaria, para darle instrucciones.

—Teresa, avise a la Embajada de la RDA que ya estoy en camino y entréguele esto al capitán León.

La muchacha lo vio alejarse por el pasillo y leyó la nota manuscrita:

Haz llegar una felicitación a Mabel, Ela e Hilarión.

GAMALIEL

## *Flor de caña*

Al heroico pueblo de Sandino

Minutos antes, por los ventanales de la cafetería se veía un TU 154 de Cubana de Aviación sobre la losa del aeropuerto José Martí, y algo más alejado, a la derecha, un IL 62 M de Aeroflot. Ahora, la lluvia que caía con fuerza, como queriendo perforar el hormigón, impedía mirar a través de los cristales, que comenzaban a empañarse por el aliento de los viajeros que colmaban el local.

Mario percibió el perfume del cigarrillo More que Priscilla acababa de encender. Desde hacía cinco semanas, el mentol se había pegado a la piel, los cabellos y la ropa del hombre. «No resisto otra marca», dijo ella en aquel primer encuentro, y le mostró un bolso repleto de paquetes verdes envueltos en papel celofán. «Siempre viajo con mis reservas. Una vez, en Seychelles, estuve una semana sin poder fumar, y desde entonces tomo mis precauciones.»

A Mario no le gustaban los cigarrillos mentolados. Realmente, fumaba muy poco. Según expresó míster White al concretar su reclutamiento como agente de la CIA, él no tenía vicios ni hábitos perniciosos, cualidad muy estimable para el trabajo que tendría que realizar en Cuba y posiblemente en otros países para Langley, bajo la fachada de la AICRA<sup>[1]</sup>. Según el oficial norteamericano con quien se había entrevistado en una visita efectuada a Kingston, la capital de Jamaica, su ingreso en la Asociación no había sido casual, sino parte del plan para su captación como agente. «Hemos depositado grandes esperanzas en usted y consideramos que puede sernos muy útil, no sólo como fuente de información sobre los asuntos cubanos y del área centroamericana y del Caribe, sino en el contrachequeo de otros agentes nuestros», fueron las palabras de míster White.

Por los altavoces se anunció la demora en la salida del vuelo de Cubana de Aviación con destino a Managua, debido a las condiciones atmosféricas.

¡Qué clima! —escuchó a Priscilla. Las palabras parecían salir de su garganta, empujadas por el humo—. ¡Pensar que en Londres la gente se queja y sueña con el sol, las palmeras, el folclor, los negros y el maravilloso clima tropical que no conoce!

El clima, Londres y, sobre todo, los negros, eran los sujetos de las oraciones en los largos monólogos que emprendía Priscilla, y que a veces llenaban horas. «Me gusta la gente como tú, Mario, porque hablas poco y sabes escuchar», le había expresado. Pero, en realidad, más que escuchar, Mario oía. Con Priscilla estrenó un nuevo método de copiar-borrar palabras. Se hizo de una especie de sistema de alarma, que entraba a funcionar a partir de una palabra o un matiz en la voz de la mujer.

—Patrik es un negro muy educado. Algo así como un *gentleman* en negativo —comentó Priscilla, y Mario prestó atención. Me invitó a pasar unos días con su familia en Bluefields. Dice que tienen un palacete de madera labrada, que da al mar.

El mar era otra de las manías de la mujer. Tres días pasaron en Varadero y apenas visitó las instalaciones del hotel. «Cuando se tiene una playa como esta, es un crimen dejársela quitar por los negros», fue su sentencia.

Ahora estaba allí, del otro lado de la mesa, sabiéndose admirada por los que pasaban junto a ellos. Priscilla tenía una belleza especial. A una figura estilizada, pero generosamente proporcionada, se sumaba un rostro de armoniosas líneas, en el que se destacaban sus enormes ojos verdes. Los cabellos, de un color muy parecido al cobre, eran abundantes y caían sin ondas sobre sus hombros.

En aquellas cinco semanas, Mario supo lo que era despertar la envidia ajena en Varadero, los clubes y hoteles de La Habana y las calles de Managua, Masaya y Puerto Cabezas. Se sintió envidiado desde el mismo instante en que míster Loren lo llamó a su oficina, para plantearle la encomienda. Usted debe acompañar a miss Henderson durante su estancia en Cuba, y viajará con ella a Nicaragua, para ayudarla a instalar las oficinas de la AICRA en Managua. Va a ser un trabajo agradable, porque es una mujer muy bella y apasionada. Es sobrina de un lord. Confío en que usted sabrá

estar a la altura de las circunstancias. Ella posee una de las fortunas más sólidas de Sudáfrica y su aporte económico a la Asociación es muy importante para nosotros.

Y Mario no defraudó la confianza del director de la AICRA en La Habana. Ya casi concluía su trabajo. Todo dependía del tiempo, que conspiraba contra la salida del avión.

—¿Vas a extrañarme, *darling*?

Priscilla tenía preguntas así. Podía ser inverosímilmente original, y tremendamente vulgar, como ahora. Mario se había acostumbrado a ese vaivén de su personalidad. Con sonrisa que quería ser cariñosa, asintió:

—¿Es posible no extrañarte?

Era sincero. Separarse de ella sería como despojarse de un gran peso, respirar libremente y descansar de violentas tensiones. Primero pasaron tres días en Varadero «para que miss Henderson se reponga del viaje», como había deseado míster Loren. Luego, cuatro agobiadoras jornadas en la suite del Habana Libre, preparando el viaje a Managua, calculando presupuestos, tomando Havana Club a granel en Las Cañitas o El Turquino, haciendo el amor al estilo de la millonaria y, paralelamente, estudiándola, velando su sueño o sus raras ausencias del hotel, para fotocopiar documentos y materiales de interés, de los que la mujer dejaba a la vista, ya que la mayoría de los papeles los llevaba en un portafolios, provisto de un complicado cierre, cuya combinación sólo ella conocía. En aquella semana, Mario durmió dos o tres horas diarias.

En Nicaragua, al menos, no tuvo que conducir. En el aeropuerto de Managua los esperó Patrik, un joven negro nacido en la costa atlántica, quien los condujo a Los Robles, el otrora exclusivo reparto, donde previamente míster Loren había seleccionado una fastuosa residencia que resultó del agrado de Priscilla.

La sede de la AICRA fue instalada en un edificio de dos plantas, en la carretera de Masaya. Después se realizó la selección del personal, en la que Patrik, como administrador, desempeñó su papel. Siempre que se analizaba un candidato, Priscilla escuchaba las opiniones del nica de ébano, como solía llamarlo en su ausencia, y luego de un tiempo no mayor de setenta y dos horas, emitía su veredicto irrevocable: «Esta muchacha no me gusta. Es

demasiado llamativa para una institución como la nuestra. Además, es rubia, Patrik. En una asociación antirracista se necesita, por lo menos, mestizos. No te ofendas, pero es una cuestión psicológica.» Y no había más que decir. A veces solicitaba el criterio de Mario... «porque tú llevas tiempo en este trabajo y conoces bien el carácter latino». Pero, al final, era ella quien tomaba las decisiones.

Fue al cabo de dos semanas en Nicaragua cuando Mario pudo obtener un dato realmente importante sobre el trabajo de Priscilla en ese país. Una tarde, Patrik y la mujer salieron a realizar un paseo, y el cubano tuvo que quedarse en la casa, a causa de una fuerte crisis de asma. El portafolios, invariablemente vedado para él y el nicaragüense, estaba abierto, y Mario pudo conocer su contenido. En una carta, dirigida a un importante funcionario de una embajada latinoamericana en Managua, se detallaban algunos de los objetivos de la representante de la AICRA en Nicaragua. El documento era una prueba de los lazos de Priscilla con la CIA.

Cuando la mujer regresó, Mario, previendo que hubiera dejado abierto el portafolios con toda intención, decidió hablarle abiertamente. Le manifestó el descubrimiento y le confesó su propio vínculo con Langley. Tuvo que escuchar, no sin cierta satisfacción, las conclusiones de la mujer, que se compadecía de su ingenuidad, «porque un hombre de la CIA no debe dejar ver su juego», le había reprochado. «¿Y si esto fuera una trampa? ¿Quién puede garantizarte que yo sea realmente lo que tú deduces de esa carta, y no una agente de Moscú? ¡No hay que menospreciar al enemigo! Ellos también saben hacer las cosas.» El cubano se concretó a darle la razón y rogarle discreción por su desliz. «Tú no puedes ser una espía de los rojos. Pero si es así, estoy en tus manos.» Ella sonrió benévola: «No temas, *darling*. Y ten en cuenta que yo nunca tengo olvidos involuntarios.»

Aquel diálogo fue el inicio de una serie de confesiones, en las que cada cual mostraba la carta que le convenía.

Mario extrajo de uno de los bolsillos de su guayabera una minicalculadora y oprimió las diminutas teclas. En treinta y cinco días estaban comprendidas ochocientas cuarenta horas o cincuenta mil quinientos minutos.

—¿Qué haces? —preguntó Priscilla.



—Llevar a cifras un asunto sentimental. Calculaba las horas y los minutos que hemos pasado juntos.

Ella sonrió ligeramente y entornó sus enormes ojos.

—Eres un tipo original, querido.

Había dicho querido y no *darling*. Priscilla hablaba el español con fluidez y su vocabulario era amplísimo. «Lo estudié en Londres, igual que el francés, todos los años viajo a España y a Francia, un par de meses, para practicarlos y mantenerlos. Es muy importante saber lo que dicen los demás en sus lenguas», explicó, al manifestarle él, su asombro por el dominio que tenía del español.

Solamente en dos ocasiones, delante de Mario, Priscilla habló en su propio idioma. La primera, en la entrevista inicial con míster Loren, en La Habana, y más tarde en Managua, con Patrik... «para tantear el inglés de los nativos de Bluefield», según explicó.

En su paso por Cuba y Nicaragua, la millonaria incorporó vocablos y frases populares de los dos países, y los usaba con frecuencia. «Que sepan la superioridad de nuestra raza. Hasta en eso hay que demostrarlo, *darling*. Humillar es un arte.» Mario estaba consciente de que, al decirle aquello, la mujer no lo hacía con la intención de elevarlo a su nivel, sino también para humillarlo. Todo el tiempo, aun en los momentos de mayor intimidad, Priscilla se esforzaba por hacer que el resto de la humanidad sintiera que ella estaba muy alto. Pero su obsesión, su casi delirio, se manifestaba con los negros. «¿Qué quieres, Mario? ¡No los resisto! ¡Y eso que tú no conoces a los que se creen reyes y príncipes! Allá en las minas, *Daddy* les hizo bajar los humos a unos cuantos. Cuando se ponían majaderos, se acostaba con sus mujeres, y se les acababa el orgullo.»

Priscilla había nacido en Ciudad del Cabo y a los dos años su madre murió en un accidente automovilístico. El padre, aunque todavía joven, no volvió a casarse. Se trasladó con su única hija a la residencia que había construido cerca de la mayor de las minas de diamantes heredadas de su progenitor, y allí creció la niña, rodeada de lujos y comodidades. De Londres fue traída una institutriz para educarla. A los dieciséis años, la muchacha fue enviada a la capital británica a completar su instrucción.

—Parece que la lluvia va para largo, *darling*. Voy a pedir una botella de ron Flor de Caña. Acompáñame a beberla y así nos imaginamos que estamos otra vez juntos en Managua.

Priscilla había tomado Flor de Caña, en *strike*, a la roca, con todos los sabores de *frescos* nicaragüenses, con agua de coco, en recipientes de cristal, de barro, de porcelana y de metal, y hasta en el hueco de una piña. «Es lo único de estos indígenas que vale la pena», afirmaba convencida y agregaba una nueva botella vacía a las que se acumulaban en uno de los closets del palacete de Los Robles. «Pero el mejor coctel con Flor de Caña es el *Mario Ardiente*», le había dicho aquella misma tarde al cubano, en una volcánica despedida amorosa en la suite del hotel Habana Libre.

Al chocar los vasos, Mario vio la mirada evocadora en los ojos de Priscilla. Ella bebió de un solo trago el contenido del recipiente y volvió a llenarlo; pero sus ojos se desviaron, y el cubano notó que los fijaba en un punto detrás de él. Siguió la mirada de la millonaria y descubrió a la pareja: él, negro, alto, fuerte, con una amplia sonrisa que mostraba su dentadura perfecta: ella, rubia, pequeña, más bien delgada, pero muy bella. Con las manos tomadas y los rostros muy cerca, parecían aislados del mundo.

—No hay duda de que los negros están de moda susurró Priscilla, dejando brotar las palabras entre sus dientes apretados. Su rostro se había endurecido. Apuró el contenido del vaso, volvió a llenarlo y bebió nuevamente hasta dejarlo vacío. La piel blanquísima de sus mejillas adquirió un tono rosa subido. Y Mario le formuló la pregunta:

—¿Nunca te has acostado con un negro?

Los ojos de la mujer centellearon, y Mario sintió la mirada en plena cara, como un fogonazo. Luego vio cómo la expresión se suavizaba hasta convertirse en una extraña sonrisa.

—Sí, hace ya muchos años —respondió Priscilla, y bebió otro vaso de ron.

—¿En Londres?

—No, *darling*. Allá, en la casa de la mina. Más bien en el camino de la mina. Fue el primero, ¿no te asombras?

—¿Una violación?

La risa de la mujer hizo que los ocupantes de las mesas cercanas los miraran.

—Te estás volviendo esquemático, *darling*. Siempre que una muchacha blanca tiene relaciones sexuales con un negro en África o Estados Unidos, se piensa en la violación. Y es verdad, aunque hay matices. Puede ocurrir que la violadora sea la blanca.

Mario tomó el vaso y bebió un sorbo de ron. Mientras sentía el líquido dorado quemar su garganta, Priscilla, que había encendido uno de sus mentolados, prosiguió la historia.

—*Daddy* lo llamaba Fred, pero su nombre era Tombé. Se decía que era príncipe de una poderosa tribu y que por eso había estudiado ingeniería en minas, o algo así, en Amsterdam.

La mujer hizo una breve pausa para llevarse el vaso a los labios.

—Mi padre lo empleó por sus conocimientos y porque le salía más barato que un especialista blanco. También para ganarse con aquel gesto a la negrada. Fred, además, era quien manejaba el jeep cuando viajábamos de la casa a la mina, situada a unos diez kilómetros, y vivía en un chalecito junto a nuestra residencia. Era muy joven. Creo que no llegaba a veinticinco años. Yo ya tenía quince cuando ocurrió la cosa.

Mario, automáticamente, encendió un cigarrillo. Ella, evocadora, entrecerró los ojos.

—¡Era muy hermoso Tombé! Me gustaba llamarlo así, aunque delante de *Daddy* siempre le decía Fred. ¡Y yo le gustaba! A veces lo sorprendía mirándome, pero rápidamente me quitaba los ojos de encima.

Priscilla inhaló una gran bocanada de su cigarrillo y lo depositó en el cenicero.

—Un fin de semana fui con *Daddy* y Tombé a la mina. Tenían que realizar unos trabajos y tomar unas muestras.

Fingí sentirme mal y logré que mi padre me enviara a la casa en el jeep, con Fred. A mitad de camino le pedí que parara, porque deseaba vomitar. Entré en un bosquecito, me desnudé y comencé a quejarme, como si sintiera un dolor fuerte. Lo demás, ¡puedes imaginártelo! ¡Se con sumó la violación!

El monólogo de Priscilla fue interrumpido por un nuevo aviso sobre la demora en la salida de un vuelo de Aeroflot.

Priscilla apagó el cigarrillo en el cenicero y prosiguió:

—La cosa duró como seis meses y quién sabe cuánto más, de no haber sido por el embarazo. ¡Sí, *darling!* ¡Una hermosa barriguita blanca con un negro dentro!

Mario miró las manos de ella, que trazaban en el aire, sobre el suyo, un supuesto vientre crecido.

—A *Daddy* no le fue difícil saber quién era el padre. Yo tuve que confesárselo, y él dedujo la violación. ¡Siempre los negros violan a las blancas, *darling!* ¡Eso es ley!

El vaso estaba vacío, y Priscilla volvió a llenarlo.

—A Tombé nadie lo vio más. Y la criatura, que era varón, se malogró al nacer. Un médico holandés, amigo de mi padre, realizó el trabajito. Quiso hacerme creer que había nacido muerto, pero yo lo sentí llorar. Tan pronto me repuse, me enviaron a un colegio de señoritas en Londres.

La mujer retuvo un gran sorbo de ron, luego lo tragó y se limpió los labios con el dorso de la mano.

*Daddy* nunca me perdonó aquello. En el fondo, siempre estuvo convencido de quién violó a quién. Pero no podía desheredarme. En nuestro mundo pesan mucho los prejuicios. Así que al morir el viejo, como dicen ustedes, las minas y todas sus propiedades pasaron a ser absolutamente mías. En realidad, ni yo misma sé cuánto poseo. Eso corre o cargo de un grupo de señores a quienes les pago y que se sienten agradecidos por mi generosidad.

El ron había abandonado la botella vertiginosamente y casi su totalidad circulaba por las venas de Priscilla. Por primera vez, Mario notó en la comisura de los labios de ella un pliegue raro y comprendió que estaba más allá del límite que generalmente se permitía al ingerir bebidas alcohólicas. Eso, quizás, la había conducido a aquel plano tan confidencial.

La lluvia era ahora menos fuerte, porque a través de los cristales podían distinguirse los equipos del aeropuerto y su ir y venir sobre los enormes rectángulos de concreto. Pero como aún el tiempo no estaba bueno para volar, Mario ordenó dos bocaditos de jamón.

—¡No tengo hambre, *darling!*

El hombre no replicó. En realidad, no le interesaba el apetito de Priscilla. Ya nada le importaba de aquella mujer que permanecía frente a él, con la

mirada extraviada y las mejillas encendidas. Para Mario, ella formaba parte del pasado. Era un trabajo concluido. Ahora sólo quería llenar con palabras el tiempo que faltaba para la salida del avión, con la esperanza de que se hiciera breve. Quizás por eso formuló la pregunta:

—¿No te gustaría volver a hacer el amor con un negro?

La mujer pareció despertar de un letargo. Se enderezó en la butaca y apoyó los brazos en la mesa. Permaneció callada, mirando a Mario, con sus hermosos ojos semicerrados por el alcohol.

—Sería una experiencia interesante después de tantos años, Priscilla. Violar a Patrik, por ejemplo.

—¡Apesta, Mario! Pero, ¿no tienes olfato? ¡Apesta a negro, aunque se bañe veinte veces al día y use desodorante y se perfume! ¡Apesta!

—¿Noapestaba Tombé?

La mujer soltó una carcajada. Mario sintió sobre ellos las miradas de los vecinos. Priscilla se inclinó más, hasta quedar casi de bruces sobre la mesa. Habló lentamente, como si extrajera de sus recuerdos cada una de las palabras.

—Debe haberapestado. ¡Seguro queapestaba! Aunque ya no me acuerdo.

Mario observaba fascinado cada una de las reacciones de la millonaria.

—Pero no me negarás que sería interesante para ti repetir una experiencia como esa. Podría ser algo así como volver a iniciarte. Regresar a tus quince años.

La vio separarse de la mesa, estirar su armonioso cuerpo y apoyar la nuca en el respaldo de la butaca. Tenía los ojos cerrados, como si hubiera caído en un repentino sueño, pero los dedos de su mano derecha tamborileaban en el brazo del asiento. Por fin habló:

—No estaría mal —dijo. Daba la impresión de que conversaba consigo misma. —Patrik es de la misma estatura que Tombé. ¡Se parece a él! ¡Tiene su mismo color de piel! Pero..., ¿y la peste?

Había abierto los ojos, aunque se notaba que los párpados le pesaban una enormidad, y su mirada era interrogante.

—¡Báñalo con Flor de Caña! Sería una forma más de tomar el ron. Un coctel nuevo y exótico: ¡Patrik en llamas!

La voz de la muchacha de información impidió la respuesta de Priscilla. El vuelo de Cubana de Aviación, con destino a Managua, saldría dentro de unos minutos. Se rogaba a los señores pasajeros dirigirse a la puerta de salida número uno.

Ya no llovía, el cielo se había despejado casi totalmente, y Mario pudo ver, a través de los ventanales, el brillo de las gotas sobre el fuselaje de la nave.

Fueron los últimos en llegar a la salida, donde una empleada chequeaba los pasajes. Mario tuvo que llevar a cuestas, desde la cafetería hasta el salón, el equipaje de mano de Priscilla y a la propia mujer, que apenas se sostenía en posición vertical.

Sintió los brazos flojos, que intentaban rodear su cuello... y la dejó al cuidado de uno de los viajeros, quien se brindó a conducirla hasta el avión. Del otro lado ya, la vio volverse y mover la mano en un pretendido adiós. Con voz de falsete, le llegó a Mario la frase de despedida.

—¡Tomaré en cuenta tu sugerencia, *darling!* ¡Será un interesante coctel! ¡*Good by!*

Todo estaba en desorden. Priscilla siempre dejaba un gran reguero cuando abandonaba un hotel. Daba la impresión de que en la suite se había producido un cataclismo.

Mario había regresado al Habana Libre para redactar el informe. Con la pequeña máquina de escribir portátil, en una hoja de papel, a dos espacios, detalló los últimos datos obtenidos sobre la misión que Priscilla tenía entre sus planes, como agente de la CIA escudada en su disfraz de representante de la AICRA en Managua. La organización de una serie de sabotajes y la creación de una red de informantes, constituían las tareas inmediatas de la mujer en Nicaragua.

Dobló el papel, lo introdujo en un sobre en blanco y lo dejó en el lugar indicado. Alguien se encargaría de recogerlo y hacerlo llegar a su destino. Ahí concluía el trabajo que le había sido encomendado por la Seguridad Cubana. Aquel documento se adjuntaría a otros cuyas copias poseía ya el

Ministerio del Interior de Nicaragua y que, probablemente, serían de suma utilidad para Orfeo, seudónimo bajo el cual trabajaba el nicaragüense Patrik.

Abrió un maletín negro y guardó el pijama, algunas prendas de ropa interior, varias camisas y el estuche con la máquina de afeitar. Miró a su alrededor. Sobre la cómoda, un lápiz labial marca Dior, abierto, mostraba el abandono de su rojo dorado. Hizo girar el creyón, le colocó la tapa y lo tiró en el cesto de papeles del baño. Al volverse, vio sobre la repisa, la botella vacía de Flor de Caña. La contempló unos instantes y, finalmente, la introdujo en el maletín.

Antes de apagar la luz y abandonar la suite, se fijó en un afiche propagandístico de la AICRA olvidado por Priscilla, similar al que adornaba el despacho de la millonaria en Managua.

Desde la cartulina multicolor, un niño negro lo miraba con complicidad.

## *Está lloviendo con sol*

A Hilarión

Dentro de unos minutos estaré de nuevo allá. Esos islotes pantanosos, esas arenas que clarean el mar, son parte de la tierra en que nací. Vuelvo y apenas puedo creerlo. Sé bien que nadie me espera. Al menos, ninguno de los que llevan mi apellido, ni de los que ya no me consideran su amiga. Y si alguno estuviera en el aeropuerto, no me reconocería. Han pasado cinco años, he bajado de peso y tengo otro color en los cabellos. Soy otra mujer, aunque, en esencia, todo es igual en mí. Salí de Cuba con el propósito de defender una causa, y vuelvo sin haber cambiado mis ideas. Lejos de eso, están fortalecidas. Ya falta poco para el aterrizaje. Si el piloto es de los buenos, sentiremos un leve golpe y luego correremos la pista velozmente, mientras actúan los frenos. Y estaremos ya en el aeropuerto José Martí. Por los altavoces se hará el anuncio de la llegada del vuelo de Iberia. Bajaré la escalerilla y es posible que algún conocido se cruce conmigo en la aduana. Pero ellos no saben: no pueden imaginarse que estoy de vuelta.

Las palabras aparecían una tras otra en la superficie del papel. Las teclas golpeaban uniformemente, y las oraciones se completaban. El despacho de prensa estaba fechado en La Habana, y las letras de la agencia cablegráfica se destacaban en mayúsculas. Gamaliel leyó con avidez e impaciencia. A pesar del continuo teclear, le parecía que la máquina marchaba con lentitud. Volvió al principio:

LA CONFERENCIA DE PARLAMENTARIOS QUE TIENE LUGAR EN ESTA CAPITAL  
DISTA MUCHO... DISTA MUCHO... DISTA MUCHO... DE PLANTEAR LOS PROBLEMAS



## QUE INTERESAN A LOS MIEMBROS DE LA UNIÓN.

Buscó el número en la libretica de teléfonos, aunque se lo sabía de memoria. Marcó los seis dígitos y a través del aparato le llegó la señal del timbre. Del otro lado descolgaron:

—¿Mario?... Oye, la máquina de tu agencia dista mucho de estar en buenas condiciones... Sí, hace un momento falló... O'key, hasta luego.

Mario depositó el auricular en el gancho. Esta tarde se haría el contacto con Mabel, la periodista que, según los informes, tomaba pocas notas y siempre escuchaba las intervenciones en inglés. Como la mayoría de los de su oficio, se olvidaba de desconectar el audífono, y eso quería decir que estaba alerta. Guardó varios papeles rosados y azules en el portafolios y lo tomó consigo para salir de la habitación. Dentro de algunos minutos, quizás tres cuartos de hora, hablaría con la muchacha delgada, de mediana estatura y pelo corto, rubio platinado. «Parece una modelo de París», le había dicho Gamaliel al darle las instrucciones. También le habló de algunas de las misiones realizadas por la muchacha, radicada en España desde hacía años, en calidad de agente de la Seguridad Cubana.

Bajó al garaje. Tras el parabrisas estaba la cartulina correspondiente al parqueo. Echó a andar el carro y salió a la Quinta Avenida. Dejó atrás la rotonda y tomó hacia la zona de El Laguito, con sus bellas residencias y sus cuidadas áreas verdes. Instantes después entraba al parqueo del Palacio de las Convenciones.

Hace frío en este salón. Es lindo, porque deja ver un poco el exterior y se puede saber si es de día o de noche. Los periodistas cubanos me tratan con cordialidad. Bueno, son mis compatriotas. ¡Tanto me cuido, que hasta me parece que alguien pudiera escuchar mis pensamientos! Gamaliel diría que estoy en forma. «Un buen agente tiene que cuidarse del enemigo hasta cuando sueña.» ¿Qué estará haciendo en estos momentos? Seguramente ha dado ya el aviso. Ese yanqui que habla ahora, debe ser un esposo burgués

modelo: gordo, calvo e hipócrita. Apuesto a que tiene una querida cara, un coche último modelo y un bar lleno de botellas de whisky. ¡Yo no sé qué le encuentran los ricos al whisky! A mí me sabe a madera. Será la falta de costumbre. Aunque no. Antes de ir a España, yo nunca había probado el vino de Jerez. Y me gustó desde el primer momento. ¡Creo que voy a convertirme en un helado! Mejor salgo al vestíbulo. Se acerca la hora, y si me llaman por los altavoces, no voy a enterarme. Aquí afuera se está mejor. Además, los ojos se recrean. ¡Hay tanto verde! Esta zona de El Laguito siempre fue muy linda. No por gusto los magnates la eligieron para sus residencias. Batista y su gente se la estropearon regándola con cadáveres. Pero eso les importaba poco. Quitaban los muertos, y ya. Por aquí cerca dejaron a tío Alfredo. Yo tenía trece años en esa época. Sí, ya los había cumplido. De nada valieron las súplicas de abuela. Sólo le permitieron ver el cadáver para identificarlo y después sellaron la caja. No querían otros testigos de las torturas. Tuvimos que esperar a la entrada del cementerio. Con él enterraron a otros dos revolucionarios. ¡Está lloviendo con sol! ¡Voy a tomar un café a la barra de la prensa, porque aquí arriba hay demasiada gente. Ya casi son las tres.

Había pocas personas junto al mostrador. En uno de los butacones de la izquierda, un fotógrafo cambiaba el rollo a su cámara. Una de las muchachas del buró de prensa conversaba con el periodista holandés, que tanto había llamado la atención por su corpulencia y lo descomunal de su estatura.

Una mujer esbelta, de cabellos plateados muy cortos, apareció en lo alto de la escalera. Por los amplificadores llegó el llamado:

«Señorita Irma Williamson. Señorita Irma Williamson. Por favor, comuníquese con la pizarra. Repetimos...»

La rubia platinada descendió los escalones que le quedaban y se dirigió a uno de los teléfonos. Descolgó y marcó el número de la pizarra.

—Soy Irma Williamson.

—Un momento, por favor —dijo la telefonista. Transcurrieron unos segundos y volvió a hablar—: Señorita Williamson, parece que se ha caído la llamada. Esté atenta por si repiten.

—¡Gracias! —dijo, y colgó. Ella sabía que no repetirían la llamada.

Mario miró el reloj: las tres y cinco. Respondió a las buenas tardes de un delegado asiático que pasó a su lado, y avanzó hacia un grupo que conversaba junto a la puerta del gran salón plenario. Apretones de manos, saludos rápidos y sonrisas amplias. Volvió sobre sus pasos y cruzó cerca de la mesita donde vendían fotografías a los participantes. Atravesó el pasillo que conduce a las tiendas, el bar y la cafetería, y miró hacia afuera. Estaba lloviendo con sol, y eso siempre le traía recuerdos. Los apartó. Empujó la puerta de persianas y penetró en la tienda.

«¡Cuántas cosas lindas! Tengo que llevar algunos objetos de artesanía a la gente de la redacción. Ya son las tres y diez. Voy a comprar una botella de Triple Sec y otra de Crema de Café. Después de trabajar, allá en Madrid, a solas en mi apartamento, un buen traguito de Crema de Café a la roca, o una copita de Triple Sec, y a imaginarme que estoy aquí otra vez, junto a los míos, cerca de mamá, de mis seres más queridos. Hay momentos en que me parece imposible encontrarme a menos de veinte minutos de mi casa, y no correr hacia allá para abrazarlos y gritarles que nunca he traicionado. ¡Que jamás traicionaré! Pero ya es hora de pensar en el trabajo. ¡Que no se diga que me estoy aflojando! El contacto debe estar al llegar. Al menos alguien me hablará con afecto, me contará de Gamaliel y quizás me diga algo sobre los míos, aunque sería mucho pedir.

Las tres y quince. La tienda estaba prácticamente vacía. Mario echó un vistazo. Había dos hombres con ropajes árabes y una mujer rubia, muy delgada, de espaldas a la puerta.

«Esta debe ser Mabel», y se dirigió a la empleada.

—Por favor, señorita, ¿tiene algún cenicero de mármol rosado?

—No, señor, pero tenemos de mármol blanco, jaspeado y de otras tonalidades —respondió sonriente la vendedora.

—Me interesa que sea rosado, para que haga juego con mi pipa carmelita.

La muchacha seguía sonriendo, pero Mario no quiso imaginarse lo que pensaba de él. La rubia esbelta se había vuelto de frente a ellos y se acercaba

al mostrador.

—Yo también quisiera comprar un cenicero de mármol rosado. ¿No tiene usted idea de dónde pueda encontrar uno?

La pregunta iba dirigida a la empleada.

—No, señorita. Pero quizás logre informarme. Vuelva mañana por aquí. Tal vez para entonces...

La rubia miraba fijamente a Mario.

—Gracias —respondió la cliente y dio un paso hacia la puerta, pero la voz del hombre la detuvo.

—¿Disculpe la indiscreción! ¿Esas gardenias son cubanas?

—No —dijo la mujer, que acariciaba con sus dedos el ramillete de flores artificiales prendido a su escote—. Son australianas. Las fabrica un amigo mío que vive en Adelaida.

—¿Y desde cuándo hay gardenias en Australia?

—Desde que mi amigo las fabrica —afirmó la rubia, y ambos rieron.

La dependienta los vio salir de la tienda conversando animadamente. Pensó que algunas personas tenían costumbres muy raras y un sentido del humor más raro aún. Pero pronto dejó de ocuparse de ellos, para atender a los delegados árabes que le hablaban en inglés.

Mario y la estilizada periodista rubia llegaron al bar, poco concurrido en aquel momento.

—¿Así que es la primera vez que visita a Cuba?

—Sí, y fue por casualidad. A última hora, el reportero que tenía que cubrir la Conferencia se enfermó, y me enviaron a mí.

Ella se había sentado a una mesita junto a la amplia ventana, y miraba hacia afuera.

—Espere un momento —dijo Mario, de pie junto a la butaca—. Voy a encargarle un licor que estoy seguro que le va a gustar y se dirigió a la barra.

Instantes después depositaba sobre la mesa dos vasos con un líquido ambarino y hielo.

¡Mario! ¡Así que él es el hombre que sirve de enlace entre Gamaliel y yo! ¡El mismo Mario de hace cinco años! Un poquitín más gordo y con algunas canas, pero con la mirada franca de los días de la universidad, cuando nos sentábamos a conversar en el banco, frente a la escuela de Derecho. Y la sonrisa de siempre, de los momentos felices.

—Te has quedado muda.

—No, pensaba.

—¿En mí?

—En los dos.

—Suena lindo.

La mujer bebió un sorbo de licor.

—No te has olvidado de mis preferencias —dijo, y por primera vez, desde que se sentaron allí, lo miró fijamente o los ojos.

—Crema de Café a la roca.

—No he olvidado nada de lo tuyo. Y no te preocupes, aquí la CIA no puede poner micrófonos ocultos. Además, violar las reglas por esta vez no debe ser grave. Gamaliel lo preparó todo, y él, más que nadie, sabe quiénes somos tú y yo.

—Nosotros.

—Sí, nosotros. ¿Te casaste?

—No, ¿y tú?

—Tampoco. Las muchachas revolucionarias me huyen, como tú. Y las otras no me interesan.

Quedaron en silencio y miraron hacia afuera.

—¡Está lloviendo con sol! —dijo ella, y pasó su mano por el cristal, como para acariciar la lluvia.

—Igual que el día que nos conocimos —recordó él.

La mujer bebió el contenido del vaso y lo dejó lentamente sobre la mesa. Buscó la mirada de Mario y preguntó:

—¿Y mamá, y el viejo, y los otros?

—Están bien. Yo no los visito, porque no me tragan. Esto de trabajar en una organización internacional de dudoso prestigio, y andar en carros con

chapa diplomática, no les cuadra. Pero vivimos en el mismo edificio y algunas veces coincidimos y conversamos un poco. Ya tu viejo y Raulito son militantes del Partido.

Los ojos de ella se empequeñecieron, brillaron y tuvo que reprimir una explosión de alegría. Al cabo, preguntó:

—¿Te han hablado de mí?

—No. Sólo la vieja me confesó un día que deseaba verte, pero que había aprendido a aguantarse las ganas.

En los ojos de la mujer, el brillo había desaparecido, y su mirada ahora era muy triste. Mario prosiguió:

—Me dijo Gamaliel que te felicite en su nombre y en el del mando.

Ella asintió. La sonrisa fue leve.

—Bueno, vamos al asunto —dijo la mujer.

—Te traje un nuevo código y las instrucciones para instalar otro buzón. Fue una suerte que se enfermara tu colega. Lo de la enfermedad está confirmado. De no ser por eso, hubiéramos tenido que enviar a un compañero a Madrid, y siempre hay riesgos. Tú entiendes.

Mario sacó un estuche de cigarrillos Saint Morritz. Le brindó uno a ella, y ambos fumaron en silencio unos instantes. Luego explicó:

—En los dos últimos cigarros están el código y las instrucciones. Es un viejo truco de espías cinematográficos, pero aquí no es necesario hacer las cosas más complicadas. ¿Cuándo te vas?

A la mujer le pareció que la voz de Mario temblaba.

—Mañana. En el vuelo de Iberia.

—¿No te quedas hasta el final?

Sí, había un temblor ansioso en la voz del hombre. Y a pesar de comprender que sufría, se sintió feliz.

No. La agencia no tenía un interés muy marcado en la Conferencia y me pidieron un par de comentarios y algunas entrevistas. De todas formas, este sería nuestro único encuentro.

—Pero podría verte, al menos.

—Sigues siendo el mismo romántico de siempre —dijo la mujer, y dejó correr nuevamente su mano sobre el cristal.

—¿Tú no? ¿Ya no te gustan las puestas de sol en la playa? ¿O el «Poema veinte», de Neruda?

—O acariciar mi pelo, mojado, luego de caminar la calle llena de charcos.

—Eso me gustaba a mí.

—¡Falso! ¡Nos gustaba a los dos!

Mario sonrió ligeramente, y sus miradas se encontraron.

—Creo que siempre fui un egoísta contigo.

—Hasta hoy estuve convencida de eso. Ahora sé que no.

El bar comenzaba a llenarse de delegados, y el tono de la conversación se había hecho más coloquial.

—Fue muy duro, Mario. ¡No sé cuántos días estuve llorando, sin saber qué pensar de ti, y hasta de mí, porque, a pesar de todo, estaba enamorada! ¡Estaba enamorada!

—Pero me dejaste.

—¡Claro! ¿Qué iba a hacer?

—No podías hacer otra cosa. Yo lo sabía, y tu entereza fue mi único consuelo.

—Mario..., ¿qué pensaste de mí cuando me fui?

—¿Pensar? ¡Nada! Creo que aquel día perdí toda posibilidad de pensar. Estuve en el bar del Saint John hasta que cerraron, en la mesita del fondo, donde nos vimos muchas veces. ¡Nunca en mi vida había tomado tanto en una sola noche! ¡Te hiciste añicos! Y ahora...

—¡Se ha enderezado el mundo! —dijo ella, y alzó el vaso vacío, con un gesto de súplica. Mientras el hombre iba a buscar algo para beber, tomó dos cigarrillos y guardó en su bolso el paquete rojo con letras doradas.

—Aunque no es elegante ni de buen gusto, cambié la bebida —estaba de nuevo junto a ella—. ¿Acepta la compañera una copita de Triple Sec?

La palabra compañera casi la sorprendió. Hacía mucho tiempo que nadie la llamaba así, y era él, Mario, quien lo había hecho.

—Con una condición: que me dejes hacer el brindis.

—De acuerdo —asintió él.

El licor blanco azulado brilló en el fondo de las finísimas copas, que apenas se rozaron.

—¡Por este instante!

«Esa gente que está en la terraza vino a despedirme, aunque no lo sepa. Y sus risas y esa alegría al decirme adiós, hacen que yo comprenda por qué debo irme, que un día volveré para encontrarlos esperándome, sin preocuparme por ceniceros de mármol rosado ni gardenias australianas. Ya se mueve el avión, y yo sentada aquí, dejándome llevar lejos de ustedes. Y no sé por qué me acuerdo del muchacho de la aduana que me dijo «compañera», y después: «Vuelva pronto, señorita», y sonrió como si fuéramos amigos. Ahora la pista va quedando abajo, las palmas se hacen pequeñísimas, y creo que estoy llorando. No. No lloro. ¡Es que está lloviendo con sol!



## *Regreso a casa*

A Nena y Zoila  
A la memoria de Manolo y Amador

El trasatlántico, ahora convertido en traspacífico, se deslizaba con suavidad hacia el sudeste, en busca de Valparaíso. Miró a lo alto: no había nubes, y podían distinguirse claramente las constelaciones de Centauro y Virgo, y la Cruz del Sur, compañera de tantas noches, que parecían tan cercanas ahora. Allá donde la mirada no podía llegar, estaba Santiago, con sus anchas avenidas, que un día se abrirían majestuosas a la risa de los niños, al amor de los jóvenes y a la fuerza creadora de un pueblo que tiene derecho a forjar el porvenir con sus propias manos. Toda la geografía chilena, cambiante y caprichosa, desfiló ante sus ojos en un instante: más de cuatro mil kilómetros de longitud, y los Andes, como el lomo de un gigantesco dinosaurio, retando y venciendo la blancura de las nubes. En lo alto, Ojos Salados, imponente, y el rosario de volcanes que bullían o dormitaban. La Tierra del Fuego, con sus decenas de canales y estrechos; el salitre y el cobre, las minas del Teniente. Y Don Pablo, el de los bigotes blancos manchados por la nicotina, hablando de su tierra difícil y agradecida, como figura inseparable de sus recuerdos.

«Aquí los hombres saben de sudores, pero se les han secado las lágrimas», decía. «Ahora que el cobre es nuestro, habrá que aprender a sonreírle, para quitarle los enojos por tantos años de maldiciones.»

El propio viejo era como el cobre: duro y difícil, pero dulce y noble para la mano amiga que sabe andarle en las entrañas.

Abrió los ojos y vio cómo, en la distancia, las estrellas comenzaban a confundirse con las luces del puerto. Quizás al amanecer, o a más tardar al mediodía, pisaría de nuevo el suelo chileno. Palpó el bolsillo interior de su chaqueta y sintió allí los contornos del pasaporte: «Bernardo Alpízar, comerciante en pieles, natural de Islas Canarias, hijo de Antonio y Carmen.

Destino: Buenos Aires.» ¿Cuántos nombres tuvo en los últimos años? José, Renato, Ignacio, Juan de Dios, Emiliano y otros y otros, hasta llegar a Bernardo, que no sería el último. El que más tiempo había llevado, José María Aróstegui Canela, lo acompañó cinco años en España. Bueno, no exactamente así. Porque una vez, en la iglesia de Jesús del Monte, lo habían bautizado con el nombre de Manuel Pérez Vila, hijo de Rosa y Arturo. Manolo le decían en las aulas del Instituto de la Víbora; en la Escuela de Derecho de la Universidad de La Habana; en las oficinas del Ministerio del Trabajo y luego, sin el apodo, lo leyó en el acta de matrimonio y en los certificados de nacimiento de sus hijos Celia y Camilo. Fue después, con los días y los años, cuando aprendió a tener nombres diferentes, más sonoros o menos musicales, en algunos casos hasta exóticos; a no volver la cara si alguien llamaba a un Manolo que ocasionalmente estaba cerca; a recordar fechas, leyendas, direcciones y contraseñas; a conocer el cifrado de mensajes, el chequeo de una posible vigilancia, el control de las emociones y la verdad del hombre aislado, que nunca puede sentirse solo, porque siempre lo acompañan sus convicciones.

De nuevo buscó con la mirada las luces de Valparaíso, cada segundo más cercanas, y se sintió en sus plazas, en sus calles y su gente, en los convulsos días del septiembre heroico. Dentro de unas horas, al desembarcar, sufriría el temor de ser reconocido a cada instante, de que alguien lo llamara por aquel nombre, compañero de tres años infinitos en un Chile efervescente y enardecido. Más tarde tomaría un taxi con destino a la terminal del ferrocarril y de allí partiría hacia el pueblecito situado en las estribaciones de los Andes, para alcanzar el trasandino y atravesar la cordillera, camino de Argentina. En una pequeña estación cercana a la frontera recibiría sus nuevos documentos y echaría a andar hacia los suyos, o mejor, hacia los propios, o más exactamente los más viejos, porque los suyos eran ya muchos.

Miró a lo alto y quiso contar las estrellas, pero quizás era más fácil tomarlas con la mano. ¡Tan cercanas estaban! Por unos instantes experimentó esa sensación de pequeñez que nos abruma ante la grandeza del universo y luego, con paso lento, se dirigió a su camarote.

El puerto era un hervidero: rubias y estilizadas europeas de más allá de los Pirineos hacían ondear sus pañuelos en señal de bienvenida; robustas asturianas, con los rostros ensombrecidos como estatuas talladas en un mármol áspero, a quienes el paso del tiempo había dilatado los poros; gráciles burguesitas con sus miradas ansiosas, que recorrían las cubiertas y chillaban de gozo al descubrir a quienes las esperaban.

Valparaíso: principal puerto de Chile, centro comercial e industrial, con universidad, escuela naval y obispado. Había sobrevivido a cuatro grandes terremotos. Parecía incommovible, eterno. En este mediodía de diciembre, vestía las mejores galas de su verano austral, pero bajo aquella máscara escondía su drama cotidiano.

Por fin llegó a la pasarela y, poco a poco, con la maleta y el saco de viaje, descendió hasta la base de concreto del muelle. Cerca de una hora demoraron los trámites aduanales: confrontación del retrato con el rostro del viajero, preguntas para corroborar el lugar de procedencia, «por favor, pase a la otra ventanilla», una sonrisa, el cuño tras la mirada al pasaporte, «disculpe la molestia, gracias», unos pasos, el taxi y al fin un suspiro profundo.

Valparaíso es una ciudad florida. ¡Cuánto color hay en sus calles y avenidas! Su nombre se ajusta al armonioso paisaje. Las muchachas de cutis brillante y amplias faldas, iban de flor en flor, de tiesto en tiesto, como fantásticas mariposas en aquel jardín de piedra y asfalto. Unos metros más y apareció la terminal de trenes, con su fachada colonial, rodeada de kioscos de revistas y diarios, macetas con plantas de diversos tipos y la letanía de automóviles parqueados.

Extrajo la billetera y de ella unos dólares. Respondió a la sonrisa agradecida del chofer con otra mil veces ensayada, aprendida a fuerza de la práctica diaria; y abandonó el automóvil. Mientras recorría el vestíbulo en busca de la ventanilla para comprar el boleto, se preguntó si alguna vez volvería a sonreír espontáneamente.

Pensó que todas las terminales de ferrocarril de las grandes ciudades se parecen entre sí. En un instante los andenes se llenan de viajeros que salen de los vagones entre risas, saludos y exclamaciones y, casi de repente, se quedan vacíos. La de Valparaíso no es una excepción. Decenas de personas, con maletas, maletines o mochilas, se alejaban del tren recién llegado, y como un

hormiguero laborioso buscaban la puerta de salida. Minutos después los grandes salones quedaban semivacíos. Ocupó un asiento en un rincón apartado, colocó el equipaje junto a él y se puso a observar a los que llegaban a esperar la salida de otro convoy. Podía fijarse en los rostros, en las expresiones, en la forma de andar. ¿Era la misma gente de nueve años atrás o no? Y recordó aquel septiembre terrible, cuando la muerte, pegada a su camisa, se hizo sentir más cercana que nunca. Instintivamente llevó su mano al pecho, a la cicatriz que comenzaba muy cerca del esternón y casi partía en dos su cuerpo por el costado derecho del tórax. Nunca había visto tanta sangre, ni sentido un miedo más palpable. Lo habían llevado a una pequeña habitación el último cuarto de una residencia de Santiago, donde un médico joven, cuyo rostro le recordaba tanto a su pequeño Camilo, le extrajo el proyectil y contuvo la hemorragia que lo puso al borde del shock. Cuando semanas más tarde, tras ser sometido a una complicada operación, se restablecía en La Habana, fue Jacinto, el chileno imberbe que había crecido en Argentina y lo sacó de Chile a través de la frontera con Perú, quien le entregó un llavero confeccionado con el plomo. «Lo hice yo mismo, ¿sabés? Ahí podés poner la llave del coche, y cuando salgás del hospital, me llevás a Santiago de Cuba, para conocer el mausoleo de Martí», le había pedido en su primera visita. Jacinto estrenó su condición de exiliado el mismo día que cumplió veinte años. Por su acento bonaerense, los compañeros lo apodaron el Gaucho. Sus hijos le decían Che Jacinto, y ya no se molestaban porque el chileno llamara a su padre Renato y no Manolo, como lo hacían todos. «Para mí, vos siempre serás Renato.» ¿Dónde estaría ahora? ¿Seguiría en Cuba?

Se vieron por última vez un mes antes de iniciar él este viaje, que duraba siete años y casi tocaba a su fin. Fue un domingo por la tarde. El cielo estaba aplomado y de cuando en cuando caía una fina llovizna. Se bebieron dos botellas de vino chileno. Jacinto no sabía que era una despedida, pero, de repente, se puso triste.

«Debe ser el vino, hermano. ¡Se extraña tanto aquello! Vos lo sabés, aunque no es lo mismo. Tenés la patria tuya, podés vivir sintiéndola sin lágrimas, no importa donde estés. Es diferente, hermano, vos comprendés.»

Se había quedado silencioso, contemplando el vaso lleno del rojo vino, y luego, casi sin desviar la mirada, sus ojos se encendieron y la voz se hizo

sonora:

«Hay que luchar, hermano, si no, un buen día te jodés y vas al hueco, desnudo y huérfano, más pobre que al nacer. Hay que sembrar la patria, aunque pongás tu sangre en la semilla.»

Una voz femenina, a través de los altavoces, anunció la partida del tren. Apretó fuertemente los párpados, y la mirada franca de Jacinto se reprodujo en sus retinas. Escuchó los pasos de sus compañeros de viaje, que se alejaban hacia el andén, y los siguió, equipaje en mano.

En el compartimiento iban cuatro personas. Desde su rincón, junto a la ventanilla, podía ver a los otros tres pasajeros. Una voluminosa mujer, que ya tocaba muy de cerca los sesenta años, y una muchacha delgadísima, ambas con costosos vestidos de luto, ocupaban los asientos más cercanos al pasillo. Iban muy estiradas y en silencio. Junto a las mujeres, exactamente frente a él, viajaba un hombre de unos cuarenta años, con algunas canas en las sienes y vestido con sobria elegancia. Teniendo como eje el índice hacía girar un llavero de metal dorado, que emitía un sonido similar al de varias campanillas. Se parecía mucho a aquel compañero de Gander, quien cinco años atrás, en el servicio de hombres, intercambió el pasaporte con él. Con aquel documento, a nombre de José María Aróstegui Canela, viajó, primero, a Portugal, para estar algunos días en calidad de turista, y más tarde a Madrid, donde instaló un negocio de venta de cigarrillos, tabacos y confituras, a sólo unos metros de la céntrica calle de Alcalá. Bajo aquella respetable fachada, sirvió de enlace, durante tres años, a numerosos compañeros que utilizaban la capital española como punto de contacto. Con posterioridad, liquidó el negocio e instaló una tienda de antigüedades en un lugar más apartado de la ciudad, en el que podía procesar y enviar informaciones a La Habana. En el apartamentico que tenía en la trastienda, recibió la única visita de Mabel. Fue un intercambio breve, para conocer las instrucciones y precisar detalles sobre su nueva misión.

La muchacha vivía en España, en calidad de periodista de una agencia de prensa europea, y bajo la falsa identidad que la hacía aparecer como puertorriqueña, se había establecido en Madrid. Durante aquel encuentro

brindaron por el éxito del trabajo. Del aparador extrajo el ron carta oro Havana Club que guardaba para las ocasiones especiales, camuflado en una botella de vino blanco. Antes de irse, Mabel le había dado el número de un teléfono, que solamente usaría movido por una imperiosa necesidad, y la dirección del pisito en el cual podría refugiarse por tiempo indefinido, en caso de urgencia.

Cuando la muchacha se marchó, sintió como si de pronto lo desarraigaran totalmente. A partir de aquel momento, asumía su nuevo papel de agente de la CIA y sólo estaría unido a su mundo por un invisible hilo, en la persona de un enlace cuyo rostro tal vez no podría ver nunca. Los dos últimos años fueron de dura labor, pero de buenos resultados.

Mientras aparentemente cumplía con los trabajos encomendados por la CIA, fue estableciendo relaciones con gran cantidad de contrarrevolucionarios de origen cubano, al servicio del enemigo, que se movían en España, especialmente en la capital. Sus vínculos con un antiguo latifundista e industrial azucarero, descendiente de canarios, le resultaron de gran utilidad. En las fiestas que ofrecían en la mansión del potentado, donde era recibido con deferencia, particularmente por la hermana mayor del antiguo colono, conoció a las más representativas figuras de la contrarrevolución que radicaban en la Península. El hecho de aparecer como ciudadano español, nacido en Islas Canarias, inspiraba cierta confianza a aquellos apátridas, quienes gustaban de hablar acerca de sus planes, sobre todo después de unos tragos de coñac.

Gracias a sus indiscreciones, pudo conocer a tiempo los preparativos de un atentado contra un dirigente de la Revolución Cubana y alertar sobre el intento de volar la sede de la Embajada de Cuba en una capital europea, amén de algunas otras fechorías, entre las que se encontraba el secuestro de dos funcionarios cubanos, en un viaje de tránsito por Frankfurt.

Habían sido días difíciles aquellos de Madrid. Difíciles y hermosos, y sobre todo, de constante aprendizaje. El hombre debe aprender a cada instante, aun cuando se encuentra en el umbral de la muerte, porque, entre otras cosas, tiene que estar preparado para saber morir.

Consultó su reloj: dentro de unos minutos pasaría al coche comedor, a fin de cenar. Miró a través de la ventanilla y pudo ver la blancura de las cimas,

como aplastadas contra el cielo. El tren se deslizaba pendiente abajo por la vía estrecha. Las nieves eternas iban alejándose cada vez más, y el paisaje comenzaba a hacerse verde. El camarero colocó la taza de café encima de la mesa, y él tomó un terrón de azúcar, que dejó caer dentro del recipiente. Siempre había preferido el café sobre lo dulce, pero la imposición de su nueva personalidad lo había obligado a cambiar de hábitos, o a disimularlos.

Durante su permanencia en Madrid, no comió los platos de la cocina cubana que le brindaban en casa del ex latifundista, aduciendo un falso padecimiento gástrico. Temía que aquella gente descubriera su predilección por los frijoles negros o los plátanos fritos. Pero quizás la prueba más difícil había sido la de negarse a comer yuca con mojo. Tuvo que hacer acopio de toda su voluntad para separar la mirada de aquella fuente humeante, donde reposaba el delicioso tubérculo, traído desde Puerto Rico por un amigo del anfitrión.

Nunca pensó que fuera un descuido de ese tipo el que pusiera al descubierto su verdadera personalidad y en peligro su propia vida. Tres semanas antes, en el transcurso de un encuentro con un alto oficial de la CIA llegado desde Washington, había hecho un brindis con mojito, en una famosa fonda madrileña que ofrece comidas cubanas. En la reunión participaban también dos individuos que, durante todo el tiempo, permanecieron callados, atentos a la conversación, y que, a pesar de que fueron presentados como árabes, no podían ocultar su origen cubano.

El oficial de la CIA encontró delicioso el coctel y preguntó al camarero los ingredientes utilizados: «¿Cómo se llama la hierba?», inquirió el yanqui en correctísimo español. Y él, quizás con la «guardia baja», a causa del propio trago que tantas reminiscencias le traía y producto de un imperdonable desliz, pronunció la palabra: «Hierbabuena.» Sintió sobre sí las miradas del oficial y los dos mulatos, y la explicación de cómo él había llegado a saber el nombre de la planta en casa del antiguo colono, sonó hueca. El ambiente se tornó tenso y desde aquel momento comprendió que había caído en una trampa, porque era imposible que un norteamericano, conocedor de las costumbres de Cuba quizás más profundamente que muchos cubanos, ignorara aquel detalle.

Días después, en el apartamento cuya llave le había entregado Mabel dos años atrás, un compañero le explicó lo sucedido. De tránsito por España, un habanero, quien estudió el bachillerato con él en el Instituto de la Víbora, lo había identificado, y aquella reunión con el oficial norteamericano tuvo como único objetivo corroborar lo que ya estaba prácticamente probado. Uno de los dos mestizos que asistieron a la encerrona, era un compañero que, como él, trabajaba para la Seguridad Cubana. Conocedor de su experiencia, no pudo imaginar que cayera en la trampa que le había preparado la CIA. Lo que ignoraba el mulato era que, mediante una minuciosa investigación, el enemigo tenía en sus manos todos los detalles sobre la vida de Manuel Pérez Vila, quien veinte años atrás, durante su luna de miel, había probado por primera vez el mojito en la bolera de la playa de Varadero, y que dada su preferencia por ese coctel, sus más allegados lo habían bautizado con el sobrenombre de Hierbabuena.

La noche borraba los contornos de la cordillera dejada atrás por el tren, y las luces del poblado fronterizo con Argentina comenzaban a verse a lo lejos. Debía volver a su compartimiento, donde un empleado de aduana revisaría los documentos y pondría el cuño de entrada al país. Apuró el último sorbo de café y abandonó el vagón comedor.

La estación era pequeña, y por constituir un punto de tránsito, muy pocas personas se veían en el amplio portal que separaba de la vía férrea el modesto edificio de madera. A pesar de lo avanzado del verano en el hemisferio sur, sintió frío al descender del tren. Por su lado pasaron las dos enlutadas, quienes durante el viaje lo habían ignorado, y por primera vez demostraron que conocían su existencia, al despedirse con una ligera inclinación de cabeza. El otro ocupante del compartimiento, con un flexible maletín de viaje en la mano izquierda y un portafolios de material plástico en la otra, se alejó hacia el pequeño salón de espera, sin dedicarle una sola mirada.

Tras una puerta de amplios cristales estaba el café, donde debía hacer contacto con el enviado de Cuba y recibir el nuevo pasaporte. Algunos ancianos ocupaban dos de las cinco mesas del establecimiento. Detrás del mostrador, una mujer, que debía de andar por los treinta años, se dedicaba a



verter vino en varios vasos colocados sobre una bandeja. Junto a la mesa más distante, un hombre de espaldas a él, leía un diario.

—¿Tiene whisky escocés? —preguntó a la mujer, que había dejado a un lado la botella para prestarle atención.

—Bueno..., creo que sí —dijo y se inclinó detrás del mostrador, para reaparecer un segundo después con una botella en la mano. En la etiqueta, un hombre con falda a cuadros y una gaita, sonreía satisfecho.

—¿No hay de la marca Punto Azul?

La mujer lo miró perpleja y negó con la cabeza.

—Bueno, sírvame de ese mismo —y se alejó hacia la percha, donde colgó el abrigo.

De pie, junto a la barra, observó al hombre del periódico, quien por algunos minutos repasó la página de anuncios clasificados y, luego de depositar unas monedas encima de la mesa, siempre vuelto de espaldas, se puso de pie y fue hacia el racimo de abrigos, de donde tomó el que poco antes había dejado él allí. Casi imperceptiblemente, de manera que sólo él pudo notar, tocó con su mano izquierda un sobretodo gris, muy parecido al que en ese momento se ponía, y luego se volvió. Sintió que todo un mundo de recuerdos se agolpaba en su cerebro, y el corazón, con loco latir, quería saltarle del pecho a la garganta.

Sin mirarlo, el hombre del periódico, de rostro lampiño y cabellos negros, un poco largos y lacios, caminó hacia el mostrador y, dirigiéndose a la mujer, que lo observaba sonriente, dijo:

—Vos no lo sabés, hermana, pero tenés los ojos más bellos del mundo.

Y tras pellizcarle la mejilla a la dependiente, se dirigió al andén y abordó uno de los vagones del tren, que ya anunciaba su regreso a Chile.

Mientras jugueteaba con el vaso de whisky, observó la partida del convoy, que nuevamente atravesaría la cordillera y dentro de algunas horas llegaría a la estación de Valparaíso. Sintió el amargo gusto del licor escocés en su garganta y pagó el consumo, dejando una generosa propina. Tomó de la percha el gabán señalado por el enlace y atravesó el salón, para llegar a la calle por la salida posterior del establecimiento.

Ya en el taxi que debía conducirlo a la estación de ómnibus, extrajo el pasaporte del bolsillo interior del abrigo y leyó, junto a su foto, el nuevo

nombre que llevaría de retorno a Cuba: «Renato Aguilar, ciudadano norteamericano, natural de San Juan, Puerto Rico.» Al ir a guardarlo nuevamente, sintió la presencia de un objeto pequeño y metálico que topaba con el pasaporte. Lo tomó entre sus dedos y lo sacó lentamente del bolsillo, para depositarlo en la palma de su mano. El llavero, confeccionado por Jacinto y adornado con aquel plomo que un día le extrajeron del pulmón herido, parecía anunciarle el regreso a casa.

## ***Notas***

[1] Asociación Internacional contra el Racismo. (N. del A.)<<

## SOBRE EL AUTOR

---



**CARMEN GONZÁLEZ HERNÁNDEZ** es habanera. Estudió Tipografía en Alemania y cursó Licenciatura en Periodismo en la Universidad de La Habana. Desde 1961 ha trabajado en distintos órganos de prensa. Actualmente es periodista de Radio Reloj. Ha escrito *Viento norte* (novela, primera mención del Concurso Aniversario de la Revolución del MININT, en 1980), y, en colaboración con Berta Recio, *Aterrizaje forzoso*, que obtuvo mención en el concurso antes citado, en el año 1981.

En *Flor de Caña* se narra cómo el arribo de un criminal nazi a Cuba y la estancia en nuestro país de una millonaria sudafricana —motivos de dos historias de este título—, ponen en estado de alerta a los investigadores de la Seguridad Cubana para neutralizar a esos elementos al servicio de la CIA. En el resto de los cuentos —que se caracterizan por la sobriedad y la economía de recursos técnicos— se evoca también la actividad de los agentes cubanos en el exterior, encarnados por una periodista y un oficial de la contrainteligencia. Carmen González Hernández es habanera. Estudió Tipografía en Alemania y cursó Licenciatura en Periodismo en la Universidad

de La Habana. Desde 1961 ha trabajado en distintos órganos de prensa.

Actualmente es periodista de Radio Reloj. Ha escrito *Viento norte* (novela, primera mención del Concurso Aniversario de la Revolución del MININT, en 1980), y, en colaboración con Berta Recio, *Aterrizaje forzoso*, que obtuvo mención en el concurso antes citado, el año 1981.



EDITORIAL LETRAS CUBANAS